

# El sector exterior y la recuperación económica

José Luis Leal

Durante largos años, el sector exterior ha sido la Cenicienta de nuestra economía. Las informaciones sobre el comercio exterior o sobre el resto de los componentes de la balanza de pagos apenas han suscitado el interés de las autoridades, probablemente porque desde hace bastante tiempo son desfavorables. Sin embargo, las estadísticas de la balanza de pagos nos indican regularmente, cada mes, la competitividad de nuestros productos y la envergadura de nuestro endeudamiento como nación. A pesar de las dificultades actuales, el sector exterior frenará en los próximos meses la caída del PIB y, más tarde, debería ser un componente importante de la recuperación en la medida en que los países de nuestro entorno vuelvan a la senda del crecimiento. El tiempo en que la demanda interna de nuestra economía marcaba la pauta del crecimiento, independientemente de los desequilibrios que provocaba en nuestros intercambios internacionales, ha pasado a la Historia, dejándonos como legado un endeudamiento cada vez más difícil de financiar. Para aligerar esta carga deberemos cambiar la estructura de nuestra producción si queremos mantener un nivel razonable de bienestar social.

Desde esta perspectiva, conviene examinar brevemente los mecanismos de transmisión de un eventual impulso del sector exterior sobre nuestra economía para lo que contamos con las recientes previsiones a corto plazo del Banco de España, del FMI y de la OCDE.

En una nota preparada para la reunión de ministros y gobernadores de bancos centrales del G-20, que tuvo lugar los días 13 y 14 de marzo, el FMI preveía una caída de la producción mundial comprendida entre el 0,5 y el uno por ciento este año, a la que seguiría una recuperación del 1,5 al 2,5 por ciento en 2010. Para la zona del euro la caída prevista para 2009 sería del 3,2 por ciento y el crecimiento sería un escuálido 0,1 por ciento en 2010.

Estas previsiones son ligeramente más optimistas que las de la OCDE del mismo mes de marzo que apuestan, para la zona del euro, por una caída del 4,1 por ciento este año y del 0,3 por ciento en 2010, si bien el crecimiento económico comenzaría a ser positivo desde el primer trimestre de dicho año. De nuevo según la OCDE, el comercio mundial caería un 13,2 por ciento en 2009 y crecería un 1,5 por ciento en 2010. El mercado para nuestros productos en cuatro de nuestros principales mercados (Alemania, Francia, Reino Unido e Italia) caería en más de un 8 por ciento en 2009 y permanecería prácticamente estancado en 2010.

Las previsiones del Banco de España coinciden sustancialmente con las anteriores. El Banco emisor pronostica una caída de nuestro PIB del tres por ciento este año que continuaría en 2010, aunque a un ritmo inferior (un uno por ciento). La contracción de la demanda interna alcanzaría el 5,6 por ciento en 2009 y el 2,4 por ciento en 2010, mientras que la aportación del sector exterior sería de dos puntos y medio este año, y casi un punto y medio el próximo.

La aportación del sector exterior se basa, fundamentalmente, en el fuerte retroceso de las importaciones, que caerían un 15,1 por ciento este año y un 2,6 por ciento el próximo. Esta evolución es similar a la de los países de nuestro entorno y tiene que ver con la fuerte caída de la inversión, especialmente la que se refiere a los bienes de equipo, estimada en el 24,3 por ciento, y con el ajuste del nivel de existencias.

Por lo que se refiere a las exportaciones de bienes y servicios, la evolución proyectada implica ganancias de cuota de mercado. Según los datos de la OCDE, en los

ocho primeros años de la década actual los países avanzados han perdido sistemáticamente cuota de mercado en favor de los países emergentes, especialmente China. El ritmo de pérdida de cuota de nuestros productos fue, en promedio anual, de 1,2 puntos, muy inferior al de otros países avanzados como Francia (2,7), Italia (4,2) o Inglaterra (2,4). Los principales beneficiarios de la redistribución del comercio internacional fueron China, con un aumento de su cuota de 14,8 puntos, los otros países emergentes y Alemania, cuyo aumento fue mucho menor, pero positivo (1,1).

La evolución anteriormente descrita permite concebir un ligero optimismo en lo relativo a la cuota de mercado de nuestras exportaciones. El principal argumento para ello estriba en la compresión de la demanda interna que está forzando a las empresas a buscar fuera de España los mercados que no encuentran dentro. Podríamos pensar que en los demás países sucede lo mismo, pero puede jugar a nuestro favor el hecho de que la demanda interna ha crecido en los últimos años mucho más despacio fuera que dentro de España y que, por ello, las empresas de los países de nuestro entorno han tenido que buscar otros mercados mucho antes que las nuestras, para las que la situación actual es relativamente novedosa. En apoyo de esta tesis puede aducirse, adicionalmente, la menor pérdida de cuota de mercado por parte de las empresas españolas lo que, siendo optimistas, podría indicar que todavía queda una cierta reserva de competitividad.

La previsible mejora de nuestra balanza de bienes y servicios se beneficiará, además, de la caída del precio del petróleo. El encarecimiento de esta materia prima detrajo, el pasado año, alrededor de dos puntos de PIB que debería “devolver” este año, y también deberíamos beneficiarnos de la evolución del resto de las materias primas. Pero esta situación no durará mucho ya que muy pocos dudan de que en cuanto termine la crisis, y comience la recuperación, las materias primas, energéticas o no, volverán a encarecerse. Por el momento, la mejora prevista por el Banco de España es sustancial ya que el déficit de la balanza por cuenta corriente experimentará una reducción de cuatro puntos en 2009 y de un punto adicional en 2010.

Todo esto es relativamente esperanzador, pero el margen es muy estrecho y la luz a la salida del túnel por ahora brilla débilmente. Hay varias razones que concurren a este diagnóstico. La primera, la más importante a largo plazo, se basa en la escasa competitividad de nuestros productos. El que hayamos perdido menos cuota de mercado que nuestros principales competidores es positivo en términos relativos, pero no desde una perspectiva más general, ya que, en términos absolutos, hemos perdido mercados. La

única manera de mejorar esta situación es elevar el valor añadido de nuestras exportaciones, tarea difícil y de largo plazo para la que hasta ahora no hemos sentado las bases. Hay que reformar el conjunto del sistema de transmisión del conocimiento y para ello es preciso que los grandes partidos se pongan de acuerdo, primero en la necesidad de hacerlo y, luego, en las líneas generales de las reformas que hay que llevar a cabo. También hay que avanzar por el camino de la flexibilidad de los mercados, lo que es más difícil, sin duda, en tiempos de crisis que en tiempos de bonanza. Esto se ha repetido hasta la saciedad, tanto dentro como fuera de España, e incluso se han firmado compromisos internacionales para hacerlo, como el de la cumbre de Lisboa, pero los sucesivos gobiernos han preferido el corto al largo plazo y han dudado —y siguen dudando— a la hora emprender el camino de las reformas necesarias para mejorar la composición de nuestro PIB. Cuanto más se tarde en iniciarlas, menos oportunidades de bienestar social legaremos a las generaciones venideras.

El segundo problema se centra en la financiación del déficit por cuenta corriente. Si partimos de la hipótesis de que en los próximos años la balanza de capitales estará en equilibrio, lo que es lógico en la medida en que España ha dejado de ser un polo de atracción para las inversiones directas, habrá que encontrar otros recursos para financiar el déficit. En los últimos años, antes de la crisis actual, la abundancia de liquidez permitió financiar nuestro endeudamiento exterior, público y sobre todo privado, sin grandes problemas. Pero el desarrollo de la crisis ha puesto de manifiesto las dificultades crecientes de financiación a las que deberemos enfrentarnos. La posición neta de inversión internacional de España refleja un déficit equivalente al 80 por ciento de nuestro PIB, el más elevado de los países avanzados y que es la consecuencia de los fuertes desequilibrios exteriores que arrastramos desde hace bastantes años. La necesidad de financiación exterior de la economía, prevista por el Banco de España para este año y el próximo, supera el cuatro por ciento del PIB, lo que agrandará aún más el déficit de la balanza de rentas y compensará parcialmente la eventual mejora que pueda producirse de la balanza de bienes y servicios. Conviene recordar a este respecto que en 2007, por primera vez en nuestra Historia, el déficit de la balanza de rentas superó al excedente de la balanza de servicios. Si a ello añadimos el déficit creciente de la balanza de transferencias, hemos de concluir que para equilibrar la balanza por cuenta corriente en 2008 habría sido necesario obtener un excedente del cuatro por ciento en la balanza de bienes y servicios, en vez del déficit del 5,6 por ciento del PIB registrado, tarea que, por el momento, está fuera de nuestro alcance.

Por último, y por lo que se refiere al crecimiento de la economía, habrá que contar con las consecuencias del dé-

ficat público hacia el que nos encaminamos. El Banco de España prevé que superará este año y el próximo el ocho por ciento del PIB y no parece probable que el nuevo Gobierno, presentado como un gobierno "más político" que el anterior, vaya a bajar de estas cifras. Pero aquí intervienen los compromisos adquiridos con la Comunidad Europea. El hecho de que nuestras cifras de paro sean más elevadas que en el resto de los países de la Comunidad permitirá, tal vez, algún plazo suplementario para volver al déficit del tres por ciento, pero lo importante, en este caso, es que cuanto mayor sea el déficit estos dos años, más restrictiva tendrá que ser la política presupuestaria después, justamente en el momento de la recuperación de la economía mundial y, especialmente, de la europea que todos los pronósticos coinciden en afirmar que será lenta. Como los desequilibrios en los grandes países de nuestro entorno son menores que los nuestros, la política presupuestaria deberá ser más restrictiva en términos comparados.

Ello favorecerá las exportaciones pero el problema consiste, una vez más, en saber si seremos o no capaces de mejorar lo suficiente la competitividad y el valor añadido de nuestros bienes y servicios para aprovechar las oportunidades que se presenten.

De la respuesta que se dé a estos problemas dependerá la intensidad de la recuperación de nuestra economía. La carga que hace pesar sobre ella el endeudamiento público y privado, así como los problemas de competitividad de nuestros productos, no incitan al optimismo en cuanto al perfil y la naturaleza de la recuperación cuando ésta se produzca. Sólo una política económica claramente definida que sepa encontrar un buen equilibrio entre las necesidades a corto y largo plazo podrá mejorar de manera estable las perspectivas actuales. Confiemos en que las fuerzas políticas, la Administración y los agentes sociales sean capaces de darle forma y, sobre todo, de llevarla a la práctica.